

VERSION ESPAGNOLE ET THÈME

I : VERSION

Ricardo Seisdedos, a quien sus amigos de la timba llamaban Richard el Guapo, llegó por primera vez al pueblo de marras un domingo de verano por la tarde montado en una moto Norton con el escape trucado metiendo tremendo ruido para que todo el mundo supiera que pasaba él y no otro cualquiera. Llegó solo. Descabalgó en la entrada del polideportivo, donde había un gran jolgorio, y encadenó la máquina con la parsimonia con que los vaqueros del Oeste ataban el caballo a la puerta de la cantina con las piernas muy arqueadas. Además de frontón y bolera, en el polideportivo también había pista de baile, una piscina pública, un cine al aire libre y un hotel de dos estrellas, propiedad de una hija única, soltera y ya heredada, puesto que sus padres murieron al caer su coche por un barranco.

Los domingos de verano aquel complejo recreativo atraía mucho público de los pueblos de alrededor y Richard el Guapo era uno más entre todos los jóvenes que iban allí a cazar. Otros se conformaban con bailar boleros con sus novias o con alguna de aquellas chicas de faldas tubulares y pelo cardado que anduviera suelta, con la esperanza de que, llevada por la música, bajara las defensas y aflojara el cuerpo e incluso, si había suerte, cediera a acompañar al galán hacia alguna oscuridad de las afueras para saciar sus deseos al pie de un chopo o contra la tapia del cementerio y poderlo contar después a los amigos en el bar como una hazaña. Pero Richard el Guapo no era uno más. Él iba siempre de caza mayor y se creía el que mejor rifle tenía. La primera vez que llegó al polideportivo ya llevaba unos datos constatados y una obsesión en la cabeza. Había quedado allí con un amigo de correrías, un tal Jaime, sin más atributos que la amistad que decía tener con la dueña del negocio.

Richard el Guapo, en las partidas de póquer, era muy duro y apostaba siempre hasta el límite, muchas veces de farol, sin más objetivo que desplumar a la mesa o quedar desplumado. Con las chicas se comportaba igual. La verdad es que hasta entonces había consumido sexo en todos los antros del contorno, en los que se hizo un nombre por su desparpajo, pero fuera de ese circuito prostibulario tenía señaladas entre ceja y ceja a varias mujeres adineradas de los pueblos de alrededor, solteras, mal casadas o viudas e incluso a una señorita de la misma Valencia, hija de un famoso estraperlista. A todas había tratado de enamorarlas sin resultado. Ahora quería probar fortuna con la pieza más codiciada, con Tónica Cantó, la dueña del complejo recreativo de este pueblo de la costa de quince mil habitantes.

Manuel Vicent, «La función del áspid», en *León de ojos verdes*, Madrid, Alfaguara, 2008

II : THÈME

Dire que mes jours sont comptés ne signifie rien ; il en fut toujours ainsi ; il en est ainsi pour nous tous. Mais l'incertitude du lieu, du temps, et du mode, qui nous empêche de bien distinguer ce but vers lequel nous avançons sans trêve, diminue pour moi à mesure que progresse ma maladie mortelle. Le premier venu peut mourir tout à l'heure, mais le malade sait qu'il ne vivra plus dans dix ans. Ma marge d'hésitation ne s'étend plus sur des années, mais sur des mois. Mes chances de finir d'un coup de poignard au cœur ou d'une chute de cheval deviennent des plus minimales ; la peste paraît improbable ; la lèpre ou le cancer semblent définitivement distancés. Je ne cours plus le risque de tomber aux frontières frappé d'une hache calédonienne ou transpercé d'une flèche parthe ; les tempêtes n'ont pas su profiter des occasions offertes, et le sorcier qui m'a prédit que je ne me noierai pas semble avoir eu raison. Je mourrai à Tibur, à Rome, ou à Naples tout au plus, et une crise d'étouffement se chargera de la besogne. Serai-je emporté par la dixième crise, ou par la centième ? Toute la question est là. Comme le voyageur qui navigue entre les îles de l'Archipel voit la buée lumineuse se lever vers le soir, et découvre peu à peu la ligne du rivage, je commence à apercevoir le profil de ma mort. Déjà, certaines portions de ma vie ressemblent aux salles dégarnies d'un palais trop vaste, qu'un propriétaire appauvri renonce à occuper tout entier. Je ne chasse plus : s'il n'y avait que moi pour les déranger dans leurs ruminations et leurs jeux, les chevreuils des monts d'Étrurie seraient bien tranquilles.

Marguerite Yourcenar, *Mémoires d'Hadrien*, Paris, Plon, 1951